

El personaje: Flor García

Elite, 1954-08-21.

Los nombres se gastan, como ocurre a menudo con las cosas y las personas. O ganan prestigio y crecen, como acontece de tarde en tarde en la vida con las personas y las cosas. Hace seis años, el nombre de *Sandra* pareció ideal para despertar el eco de popularidad radial que se necesitaba para una joven cantante de 13 años.

- Ya no -me dice Flor García ahora a sus 19- porque "se ha vuelto demasiado popular".

La popularidad chabacana que adquirió el nombre después a caballo de otras que querían obtenerla a precio de rifa, va mal con el gusto artístico y la sensibilidad de quien ha hecho llorar a los miembros del jurado de la Escuela Preparatoria de Música con la interpretación del aria "El Suicidio", de la ópera "La Gioconda", al graduarse hace unos días.

Flor obtuvo un 20 redondo y un diploma de honor en que aparece su nombre en redondilla fina que ya tiene marco para sus bordes anchos de esperanza.

* * *

Flor Bonifacia ("¡Qué horror!") García Alviniz, Flor García para sus auditores de radio, televisión y teatro; Flor a secas para los íntimos, es pastoreña. Nació en una casita colonial de La Pastora el 5 de junio de 1935. Su mamá, doña Antonia, es aún mujer de muchos arrestos y sigue de cerca la carrera artística de su hija. Eduardo, su papá, murió hace ya algunos años. Además de Flor, el matrimonio García-Alviniz tuvo tres hijos más: dos varones y una hembra, Isabel, quien ha contribuido notablemente a alentar con entusiasmo y sostener después la carrera artística de su hermana.

Aún era muy chiquita cuando se trasladaron a Monte Piedad. Desde que Flor comenzó a reconocer los rasgos leves y tiernos de su mamá vive en este barrio de las casas cansadas y los recuerdos trenzados.

Recuerda el día de gran fiesta en el corazón en que le llevaron brillante de limpia, con un tirón de pelos en lazo que le arrugaba hasta la nariz, al colegio de las hermanitas del Buen Consejo. Primero se asustó un poco de la apariencia severa de los ropajes de las hermanas; después, las faldas amplias y las cofias fueron adquiriendo en su imaginación el carácter tierno de un regazo o un refugio de polluelos en el ala ancha y tibia de la gallina. Así las vio desde entonces a través de la ternura de sus recuerdos.

El primer susto de verdad lo recibió en el colegio. Un día, cualquier día de aquellos en que jugaba "candelita" con sus amigas, tropezó con la cabeza dura de una compañerita y se le cayó un diente. En medio de toda aquella sangre se sintió morir. Fue una experiencia que tenía un pedazo de sí misma en las manos, y lloró mucho.

Con las hermanitas del Buen Consejo estuvo hasta cumplir los 12 años y completar el sexto grado.

Ya para entonces, la pequeña Flor caminaba a pasos cortos de entusiasmo por el senderito de estímulo que abrieron en aquella época algunas firmas comerciales de buen gusto a la vocación artística infantil. Las audiciones dominicales de radio dedicadas a los niños que tuviesen aficiones musicales contaban entonces con una gran sintonía. Solía haber grandes filas de niños esperando turno, no para obtener caramelos gratis o pepines, sino para afilar su naciente sensibilidad artística y actuar valientemente ante un gran jurado que iba a medir los méritos de su actuación. Flor actuó con mucha soltura y gracia desde un principio y mostró muy buena disposición para el canto popular.

Cuando el agente radial López Bustamante se dió cuenta de la vocación y el entusiasmo de la niña, puso empeño en ayudarla. Había, primero, que encontrar un nombre que reuniera las características exigidas para que tuviese cierto eco popular y fuese sonoro, comercial. Le impuso sin bautizos el de Sandra. Y Flor respondió por un tiempo a este nombre de artista que, ahora que lo es de verdad, no le gusta.

A los 11 años actuaba ya con el Maestro Payá en programas de Radio Continente, y después con Rafael Guinand, el excelente promotor del programa "El Galerón Premiado", en emisiones de la Radio Caracas. En aquel tiempo sus programas de canciones populares tuvieron un éxito que llegaba como incienso a los tiernos oídos de la muchachita que era Flor. Ahora recuerda con cierto rubor de cantante consagrada en el oficio, pero también con cierta nostalgia, las canciones de principiante que le proporcionaron la base de su vocación y el aliento público y profesional de su carrera "La Macarena", "El Relicario", "Carlos Arruza", "Silverio Pérez", "Valencia" y otras más, con preferencia populares españolas.

Como las madejas que son redondas, y las vocaciones... ¿qué forma tendrán las vocaciones?, necesitan un comienzo, el hilito de ovillo que comenzó a rodar soltando una hebra de canciones populares fue enredándose y cruzándose hasta formar la vocación firme de Flor:

– Yo quiero estudiar canto, mamá...

Apenas tendría 13 años. Su mamá, a pesar de sus muchas experiencias de sueños rotos, tomó enterito, tibio, el sueño de su hija y lo pesó en esa balanza que sólo las madres tienen para equilibrar desventajas a fuerza de cargas de cariño. Con eso y algunos pedacitos de ilusión que puso en el platillo, se dedicó a correr el riesgo de sacrificios, penalidades y trabajos para desafiar valientemente el peso de un destino que no sonreía ni en días hermosos de sol.

Así, amasando la ilusión con muchos sinsabores y algunas esperanzas, ingresó Flor en la Escuela Preparatoria de Música, con Carlos Figueredo. El primer año tuvo que repartir su tiempo apretado de ilusiones a desmenuzar uno a uno todos los pequeños secretos del tono y el ritmo en el primer año de teoría y solfeo con el método del Maestro Slava y el primer tecleo monótono y aburrido de piano.

Ella que continuaba interpretando aún canciones populares en la radio para ayudarse un poco, se desesperaba a veces con la lentitud del aprendizaje. Allí comenzó a transformarse el ovillo pequeño de vocación en consistencia firme de madeja ordenada. Este choque emocional de sus facultades, libremente en acción mientras expresaba sus

canciones populares, con el encauzamiento reprimido por la disciplina en sus estudios duró un año largo. Sus profesores, que conocían de la capacidad de la alumna decidieron que Flor debía abstenerse completamente de actuar en la radio, y dedicarse por entero a la disciplina musical impuesta por la Escuela. Desde entonces el progreso fue mucho más rápido.

Flor recuerda con especial cariño de estos seis años de dedicación, cinco años de teoría y cuatro de piano, a los Maestros Plaza y Sauce, "que me han ayudado mucho". Sus lecciones de canto por cinco años han estado a cargo de la señora Carmen Teresa Machado de Hurtado, a quien debe gran parte de sus éxitos. Con cinco años, Flor, por su excelente disposición natural y su gran voluntad de trabajo, ha completado los seis de su carrera.

* * *

La voz y la técnica de Flor García desafían hasta los malos augurios. El día de examen ha sido 13 y martes, y ha constituido el marco para obtener un 20 y diploma de honor, "excelente" que ha compartido con otro modelo de vocación y capacidad artística, la joven pianista Yolanda Cavalieri, ganadora de un primer premio nacional recientemente.

En el examen de Flor le fueron impuestas las arias "Il Suicidio", de *La Gioconda* y "Pace mio Dio", de *La Forza del Destino*.

– Cuando me volteeé al cantar –dice con ingenuidad Flor– vi llorar al jurado y me emocioné.

El jurado está compuesto por Silva Díaz, señora de Rugeles, Anna Yafkewyer y señora de Hurtado.

* * *

Flor García ha cantado dúos con el tenor venezolano José Delgado en las emisiones de la "Caravana Camel", y en la Escuela en compañía de Gonzalo Betancourt, con quien cantó una parte de "Tosca" el día de la graduación. Ha actuado también en el Canal 4 de la TV para el programa "Fiesta de las Cuerdas", dirigido por el Maestro Boada. Un *día inolvidable* actuó como solista de una Cantata del Maestro Sauce: "Jeová, Reina", ante las personalidades de X Conferencia Interamericana en el Aula Magna de la Ciudad Universitaria. También actuó en jornada memorable con el solista Antonio Lauro en el Teatro Municipal, y hace pocos días en un concierto en la Biblioteca Nacional con ocasión de celebrarse la Semana del Libro.

Flor tiene ilusiones y una meta de estudiante terca que llegará al final:

–¿Un objetivo?... Claro: actuar en la Escala de Milán...

Esta jovencita de 19 años que "sé un poco de italiano, pero pienso estudiar para dominarlo", que terminó el primer año de armonía con el Maestro Sauce e inicia el segundo con el Maestro Sojo, espera el regreso del Maestro Plaza para decidir acerca de una beca en Italia, que cuenta con el cariño y el impulso de quienes le admiran a través de ese contacto lejano, pero cálido, de su voz, llegará a su meta.

– La veo tan cerca... –dice.